

Auténtico Patricio de la Democracia

Existen imágenes que no se pueden separar de otras imágenes: la figura de Caldas exige el telescopio, la de Torres la tribuna, la de Policarpa el cadalso; la sombra azul del Padre Almansa—para llegar a nuestros tiempos—no puede proyectarse sino sobre los viejos muros de la iglesita de San Diego.

Cosa semejante sucede con la imagen de monseñor Carrasquilla. Si la colocamos en el púlpito, si la vemos en el sillón de la Academia, si la recordamos en la cátedra, si la sentamos ante la mesa de trabajo, si la inclinamos—en fin—al pie del ara, tendremos cada vez un fragmento, muy hermoso, pero fragmento no más, de lo que fue aquel hombre extraordinario. Y es porque monseñor Carrasquilla no era solamente un orador sin émulos, y un escritor no superado, y un educador como pocos, y un teólogo a la altura de los grandes, y un filósofo que completó a Santo Tomás, y un sacerdote que podría ponerse por modelo: era todo eso por separado y era todo eso en conjunto. Diamante de múltiples facetas necesitaba de un estuche que las juntara todas en un solo iris de luz. Y ese estuche fue para él, sin duda, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Era allí en donde la figura patricia de monseñor Carrasquilla tenía su verdadero centro de gravedad; era allí en donde podía apreciarse en todo su valor. Patriota, recordaba a toda hora que del Colegio del Rosario surgió la independencia de Colombia; escritor, animó páginas incontables con el soplo de su amor al Colegio; orador, era ante la Bordadita ante quien ensayaba la fuerza de sus alas; filósofo, para los estudiantes de su clase halló la teoría del límite interno y el límite externo de los cuerpos; teólogo, exploró los misterios de Dios, al levantar la Hostia con que nutría el alma de sus discípulos; filólogo, escribió para ellos el estudio sobre la barbarie del lenguaje escolástico; educador, en la clase de metafísica hizo derroche de su ciencia; hombre cubierto de gloria, adornó con sus mejores trofeos la Imagen que bordaron manos reales. Y era así como los rosaristas no bebían tan sólo del

agua de una fuente: abrevaban en el lago enorme formado por la reunión de muchas fuentes.

Pero el sabio solía descender de las alturas himalayescas. El rector se convertía en el camarada. Y ya en los amplios corredores del claustro, o ya en la sala señorial—olorosa a cosas viejas—venía para sus alumnos la sonrisa acogedora, el consejo saludable, la palabra de aliento. Porque si monseñor Carrasquilla tenía un volcán en el cerebro, tenía otro también dentro del pecho. Aquel porte imponente, aquel andar pausado, aquella voz solemne, aquella cabeza de león, inspiraban algo más que respeto: temor. Y ese temor se desvanecía de improviso. Permanecía en el alma la figura del león, pero se comprendía muy pronto que ese león—como el bíblico—lle- vaba también un panal en las fauces.

¿Análisis? ¿Elogio? No. Hay reputaciones de tal modo arraigadas en la conciencia común que examinarlas sería profanación. Hay nombres a los que no puede aplicarse un adjetivo porque resultaría pleonástico. Sin epítetos de hojalata y sin frases huera, se nombra la ciencia y la virtud con sólo pronunciar tres palabras: Rafael María Carrasquilla. Además, el elogio, para que lo sea, debe estar a la altura del elogiado. Y para elogiar dignamente al que hoy lloramos se necesitaría un imposible: que monseñor Carrasquilla pronunciara su propia oración fúnebre.

NICOLÁS BAYONA POSADA

MONSEÑOR CARRASQUILLA

El martes pasado a las nueve y treinta y cinco minutos de la noche, dejó de existir en Bogotá monseñor Carrasquilla, después de un largo estado de inconsciencia en que quedó sumido antes de morir.

Su solo nombre encarna hoy y encarnará en el mañana el símbolo del estudio y del saber, a la vez que la virtud era la amiga inseparable de sus días.

Filósofo profundo, que llegó a hondar el difícil y trascen- dental metafísico y que aguzó su privilegiada inteligencia en